

Tres calas en el Renacimiento español

El que se propone tratar del Renacimiento español se halla desde un principio en terreno muy azaroso, porque a las dificultades que acarrea siempre el determinar qué es el Renacimiento y con qué criterio hemos de enfocarlo, se añade en este caso otra dificultad mayor: la de interpretar lo que es, en realidad, España (1). Hace siglos —desde el XVI, por lo menos— que España viene constituyendo un problema para sus propios hijos, problema que llega a ser verdaderamente apremiante en el siglo pasado y que lo sigue siendo hoy. De la actitud que se adopte ante el “problema de España” dependerá forzosamente toda la perspectiva con que se mire y enjuicie la cultura y la civilización españolas. España se siente ser a la vez parte de Europa y algo distinto; Unamuno proclama la necesidad de europeizar a España; luego, al resurgir en él el defensor de lo castizo, afirma la urgencia de españolizar a Europa, y hasta vincula a España con Africa. Para Ortega, el haberle faltado a España en la Edad Media la espina dorsal del feudalismo, impidió la creación de las minorías selectas que, renovándose de generación en generación, hubieran asegurado una administración atinada y sabia de la cosa pública. En suma, a partir de la época de los Reyes Católicos —y aún antes—, cabe hablar de dos Españas: la misonéista y

aislacionista que se empeña en conservar la limpieza de sus tradicionales valores religiosos y sociales, y otra, innovadora, que quiere que el país se entregue de lleno a las amplias corrientes de la cultura europea. En la lucha de ambas, nos dice Menéndez Pidal, se agota una gran parte de la energía histórica de España (2). En cambio, la vida nacional española llega a sus grandes cumbres en las épocas de tregua entre ambas fuerzas. La historia española se desenvuelve así en perpetuo trance de lucha y tensión. El avance por un lado provoca fatalmente una réplica por el otro, y la tensión va creciendo hasta que estalla; sobrevienen entonces las clásicas consecuencias —represión o destierro. Desesperado, Federico de Onís exclamó en un famoso discurso de 1912: “Para el español el sentimiento de patria es esencialmente dolor... Es lo único que nos une” (3).

Pero, con todo esto, España ha logrado salir adelante y ha hecho su aporte notable a la cultura de Occidente. Se debe esto en parte, podríamos decir, a una especie de *modus vivendi* que los españoles han elaborado, el cual puede resumirse bajo la conocida fórmula: “Se obedece, pero no se cumple”. Aun bajo la Inquisición, existía muchas veces una amplia divergencia entre el precepto oficial y la práctica individual. Jamás ha logrado ningún gobierno español acabar con

(1) Un estudio fundamental que nos ha sido indispensable en la preparación del presente trabajo, es el de O. H. Green, “A critical survey of scholarship in the field of Spanish Renaissance literature, 1914-1944”, *Studies in philology*, XLIV (1947), 228-264.

(2) Véase su importante estudio, “Los españoles en la historia”, recogido en *Los españoles en la historia y en la literatura* (Buenos Aires, 1951), págs. 110-111.

(3) Reproducido en *España en América* (Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1955), pág. 55.

la irresistible propensión de los españoles hacia el individualismo. De por sí, tal tendencia parece que debería predisponerles a sentir el pleno impacto del Renacimiento, siempre que se tome como pauta de ese movimiento la plena florecencia del hombre individual. Pero la cosa, claro está, no es tan sencilla.

En efecto, lo que antecede basta para demostrar que no hay que esperar que España acepte el Renacimiento europeo ni íntegro ni inalterado. Es más: si concebimos el Renacimiento a la manera de Michelet y Burckhardt como movimiento aristocrático, hedonista, pagano, producto de un redescubrimiento de la antigüedad y una brusca ruptura con la Edad Media, encontraremos pocas manifestaciones renacentistas en España, aunque quizá fuera posible incluir siempre la poesía de Garcilaso de la Vega. En cambio, si, ajustándonos a puntos de vista más modernos, admitimos la posibilidad de variaciones renacentistas nacionales, de un humanismo cristiano, de una continuidad del Renacimiento con la Edad Media, de elementos populares dentro de la cultura renacentista, no habrá duda posible acerca de la participación de España en ese movimiento. Más acertado nos parece este último punto de vista. Opiniones como las de Prescott ("España era tierra ensombrecida, privada de la luz del Renacimiento"), de Matthew Arnold ("España y el catolicismo le salieron violentamente al paso al Renacimiento") (4) y fórmulas como aquella de "España, tierra sin Renacimiento" (5), no resisten sencillamente al examen.

Las observaciones que siguen se ceñirán principalmente al período 1479-1560, o sea, el que corre desde la unión de las coronas de Castilla y Aragón hasta las últimas sesiones del Concilio de Trento. Se trata de uno de aquellos períodos de tregua —cada vez menos estable, por cierto, hacia el fi-

nal— en que la nación toma conciencia de sí misma, adquiere un sentido misionero y en forma muy característica estalla en hazañas en las esferas más variadas. Bajo los Reyes Católicos, España se convierte en Estado estructurado nacionalmente, se llega a un nuevo nivel de eficacia en la administración pública mediante la selección de los elementos más aptos entre la nobleza y la clase media para los puestos de importancia, y el país se abre a las corrientes humanísticas italianas (6). Si bien los destellos renacentistas tardan mucho en apagarse —piénsese en Cervantes y Velázquez— al sobrevenir la Contrarreforma, prevalecen las fuerzas tradicionales y de reacción y se puede decir que el Renacimiento propiamente dicho ha terminado.

Nos ocuparemos principalmente de tres figuras que, si no las más conocidas, son altamente características: Antonio de Nebrija, humanista clasicista casi a la manera italiana; Juan de Valdés, humanista cristiano al estilo de Erasmo (aunque nos fijaremos en su *Diálogo de la lengua* más bien que en las obras doctrinales) y Bernal Díaz del Castillo, uno de los conquistadores de México. El primero escribe en España; el segundo, escapado de la Inquisición, en Italia; el tercero, en el Nuevo Mundo.

La figura de Antonio de Nebrija, que nació en 1444 aproximadamente y murió en 1522, cuadra bien en muchos aspectos con la imagen del humanista renacentista que nos ha dejado Burckhardt. No sólo tenía un completo dominio de la filología griega y latina (materia de que era profesor), sino que su curiosidad se extendió igualmente a otras ramas: fué perito en pesos y medidas, cosmografía, navegación (7). Su bibliografía incluye, además, tratados de medicina y derecho. Crióse en el pueblo de Lebrixa en Andalucía —la Nebrisia Veneris de los romanos— y le fascinaron desde niño las an-

(6) Véase Menéndez Pidal, *ob. cit.*, pág. 119.

(4) Para éstas y otras citas, véase A. F. G. Bell, "Notes on the Spanish Renaissance", *Revue Hispanique*, LXXX (1930), 319-325 *et passim*.

(5) Título de una obra de H. Wantoch, Munich, 1927.

(7) Para estos datos y los que siguen, véase P. Lemus y Rubio, "El maestro Elio Antonio de Lebrixa, 1441?-1522". *Revue Hispanique* XXII (1910), 460-510, y XXIX (1913), 13-120.

tigüedades romanas de la región, a tal punto que añadió a sus nombres de pila el romano "Elio", el cual tomó del nombre gentilicio "Aelius" que veía escrito en las tumbas romanas de su pueblo. Justificaba su proceder diciendo que él era "unus ex posteritate Romanorum". Entre las obras suyas que han llegado hasta nosotros se encuentra el fragmento de un trabajo arqueológico, *Antigüedades de España*, clara evidencia de su interés por el pasado clásico de su patria.

Después de cinco años en la Universidad de Salamanca donde estudió matemáticas y filosofía natural y moral con profesores cuya suficiencia en latín, nos dice, no le convenció, la Universidad le mandó en 1463 al Colegio de San Clemente en la Universidad de Boloña, donde hacía cien años que los mejores escolares salmantinos completaban sus estudios. Años más tarde Nebrija formuló en estos términos su propósito: "En edad de diez i nueve años io fue [sic] a Italia; no por la causa que otros van: o para ganar rentas de iglesia: o para traer fórmulas del derecho ciuill i canonico: o para trocar mercaderias: mas que por la lei dela tornada despues de luengo tiempo restituiesse en la possession de su tierra perdida los autores del latin: que estauan ia muchos siglos auia desterrados de España" (8). En esto exagera, para aumentar su propia gloria, sin duda, ya que a España, si bien no podía rivalizar con Italia, no le habían faltado ciertamente latinistas propios.

No es de extrañar que escribiera una gramática latina, un vocabulario español-latín y otro latín-español. Enseñó unos veinticinco años en Salamanca y acabó ocupando durante diez años la cátedra de retórica de la nueva Universidad de Alcalá, fundada en 1508. Lo que más llama la atención es que escribiera una gramática castellana, la primera de una lengua moderna. Es verdad que lo que le lleva a la sistematización del castellano es el deseo de crear un instrumento para facilitar el estudio del latín: el espa-

ñol tiene un interés tangencial e instrumental, más bien que esencial para él. Su punto de partida teórica es la gramática latina y encaja en moldes latinos la morfología, la sintaxis, la prosodia y la ortografía españolas. Pero, de vez en cuando la fuerza viva del romance se abre paso entre el rigor de esta clasificación —al tratarse, por ejemplo, de la pronunciación, de los diminutivos, de la morfología del futuro y del condicional— y entonces Nebrija da un paso notable hacia adelante.

No menor interés que la gramática reviste el prólogo escrito por Nebrija en 1492, el mismo año que vio la toma de Granada y la partida de Colón. En él, echamos de ver que si el latín había de servir de modelo al castellano, fué para que la lengua moderna pudiera desempeñar en el día el papel del latín en la antigüedad. La obra estaba dedicada a la reina Isabel, cuyas damas ya se estaban dedicando con toda seriedad al estudio del latín:

Quando bien conmigo pienso, mui esclarecida Reina, i pongo delante los ojos el antigüedad de todas las cosas que para nuestra recordacion y memoria quedaron escriptas, una cosa hallo y saco por conclusiõ mui cierta: que siempre la lengua fue compañera del imperio, i de tal manera lo siguió que juntamente començaron, crecieron i florecieron, i despues junta fue la caida de entrambos.

... En la fortuna i buena dicha de [Vuestra Real Majestad] los miembros i pedaços de España, que estavan por muchas partes derramados, se reduxeron i aiuntaron en un cuerpo i unidad de reino, la forma i travazon del cual assi esta ordenada que muchos siglos, injuria i tiempos no la podran romper ni desatar.

De la misma manera, él, dice, decidió:

Reduzir en artificio este nuestro lenguaje castellano [que] hasta nuestra edad anduvo suelta y fuera de regla, para que lo que agora i de aqui adelante en el se escriviere pueda quedar en un tenor i estenderse en toda la duracion de los tiempos que estan por venir, como vemos que se a hecho en la lengua griega y latina... Por que, si otro tanto en nuestra lengua no se haze como en aquellas, en vano vuestros cronistas e istoriadores

(8) A. de Nebrija, *Vocabulario español-latino*, ed. Real Academia Española (Madrid, 1951), pág. 2.

escriben i encomiendan a inmortalidad la memoria de vuestros loables hechos.

En seguida se refiere al valor que tendrá su *Gramática* como introducción al estudio del latín. Luego añade:

El tercero provecho deste mi trabajo puede ser aquel que, cuando en Salamanca di la muestra de aquesta obra a Vuestra Real Majestad, i me pregunto que para que podía aprovechar, el mui reverendo padre Obispo de Auila me arrebató la respuesta, i respondiéndome por mi dixo: que, despues que Vuestra Alteza metiesse debaxo de su yugo muchos puebllos barbaros i naciones de peregrinas lenguas, i con el vencimiento aquellos tenían necesidad de recibir las leies quel vencedor pone al vencido i con ellas nuestra lengua, entonces por esta mi Arte podrian venir en el conocimiento della (9).

La conciencia de un gran destino nacional que alienta en este prólogo muestra bien a las claras el espíritu que latía en la España de Isabel la Católica. La conversación en Salamanca había tenido lugar seis años antes, en 1486, poco después de que Colón celebrase una entrevista con la reina sin llegar a ningún acuerdo. Ella había entregado el proyecto de Colón a una comisión presidida por su confesor, el mismo obispo de Avila a quien se refiere Nebrija, para que lo estudiara. Como, por otra parte, la comisión no llegó a reunirse hasta por navidades, no podemos estar seguros de que el obispo y Nebrija estuvieran pensando en Colón. Pero ya circulaban rumores sobre islas y tierras al occidente muy adentro en el Mar Océano, de las que los portugueses y otros navegantes tenían conocimiento, y hacia el sur se descubrían cada año nuevos "pueblos bárbaros" en las costas africanas. La conquista de Canarias ya había puesto bajo el yugo español gente extraña de "peregrina lengua"; en el ambiente se respiraba, en fin, una especie de optimismo contagioso, una sensación de que España estaba en el umbral de una época de grandeza.

(9) *Gramática castellana*, ed. Galindo Romeo y Ortiz Muñoz (México, 1946), págs. 5 y 10-11.

Podemos señalar, pues, como carácter del Renacimiento español, por lo menos en esta fase, una fuerte sensación del destino de la nación. La lengua es instrumento de cohesión nacional y la lengua será instrumento de imperio. Del mismo modo, la gloria que Nebrija prevé es más bien la del Estado encarnado en la persona del monarca, gloria de la que Italia naturalmente no ofrecía ningún equivalente, que aquella gloria individual de que habla Burckhardt y que para Huizinga deriva del tono caballeresco de la vida de postrimerías de la Edad Media. Pero en otros aspectos de su obra Nebrija revela bien a las claras su preocupación de gloria personal y en su caso podemos ver en esa preocupación, indudablemente, una actitud renacentista.

Queda todavía por señalar otro aspecto de este notable prólogo. Nebrija, al considerar lo que aquella época ha alcanzado en distintos órdenes de la vida, se refiere a la "repurgación" de la religión cristiana, frase que se refiere sin duda a la introducción de la Inquisición unos doce años antes. Menciona también "la conquista de los enemigos de nuestra fe", los moros granadinos. Es evidente que aquí se considera a la religión como otra fuerza aglutinante dentro del Estado, y que el Nebrija clasicista es también cristiano. De hecho publicó ediciones de los himnos litúrgicos, las epístolas canónicas, los profetas y dos padres de la Iglesia. Dice Marcel Bataillon, autoridad suma en la materia, que Nebrija "encarna, en los umbrales del siglo XVI español, el esfuerzo autónomo del humanismo por restaurar la antigüedad íntegra, profana y sagrada" (10). Lo llama además el precursor del erasmismo español y el heredero de Lorenzo Valla en teología sagrada. En alguna ocasión le resultó difícil a Nebrija armonizar en su persona al humanista cristiano con el clásico. Renuncia a su colaboración en la Biblia Políglota de Alcalá —estaba a cargo del texto latino— porque el cardenal Jiménez de Cisneros no qui-

(10) *Erasmus y España* (México, 1950), I, 29.

so permitir que las discrepancias entre los textos del vulgato, griego y hebreo se resolvieran por métodos filológicos, aunque el mismo cardenal había establecido un criterio rigurosamente filológico para cada texto por separado.

La actitud de Nebrija se ajusta muy claramente al humanismo renacentista, en lo que lo distingue del medieval, al dar por descontado que una nueva era se está comenzando, que es preciso disipar las sombras del pasado. No cabe duda de que el propósito de "desbaratar la barbarie" de su país, abrazado por él con toda seriedad, resultó fructífero. Afirma Aubrey Bell que en la primera mitad del siglo XVI había diez heleenistas españoles por cada uno que existía en Inglaterra (11). En cuanto al latín, hay un testimonio del año 1553 que afirma que "no es tanto una distinción saber el latín como una torpeza no saberlo" (12). Y agrega que muchos nobles no se consideran tales si no perfeccionan los conocimientos rudimentarios del latín que adquirieron en su niñez. En cuanto al hebreo, Entwistle, buen conocedor de la materia, coloca a fray Luis de León y sus colegas salmantinos de la segunda mitad del siglo entre "las mayores lumbreras de la época" (13).

Indudablemente, como lo nota Bataillon (14), el griego floreció principalmente por ser lengua del Nuevo Testamento: el humanismo español, en su orientación básica, fué ecléctico y cristiano. Dentro de ese humanismo, lo veremos en seguida, cabían posturas muy diversas, y la situación del humanista cristiano estaba muy lejos de ser siempre cómoda. Con todo, en los más esclarecidos de ellos no se siente un verdadero conflicto entre las preocupaciones espirituales y las laicas.

Dadas estas tendencias, no es casualidad

que la figura de Erasmo ejerciese en España, hasta la época de la Contrarreforma, más honda influencia que en cualquier otro país de Europa. En su monumental *Erasmus y España*, Bataillon afirma que España era el único país católico donde el clero —o una parte de él— no vaciló en poner los *Colloquia* de Erasmo al alcance de un público amplio (15). Sus obras, traducidas, gozaron de una popularidad que no conocieron en otra parte. En efecto, tal resonancia tuvieron que Erasmo, en su correspondencia con sus discípulos españoles, repetidamente les aconseja prudencia. El ideal erasmiano de una cultura intelectual presidida por una sencilla piedad cristiana, su carácter realista y práctico que le impidió ser humanista de torre de marfil, su empeño en llegar hasta el pueblo —lo que llama Bataillon su "noble utilitarismo"—, todo esto cayó en España en terreno propicio. Mucho tiempo después de la prohibición de sus obras por la Contrarreforma siguen viéndose los efectos de la siembra erasmista en España —hasta Cervantes por lo menos—. Por otra parte, la doctrina erasmiana de que "monachus non est pietas" —ser monje no es ser devoto— le granjeó enemigos acérrimos.

No rastreamos las circunstancias que se compaginaron para favorecer la propagación del erasmismo en España, desde la accesión de Carlos V hasta cerca de 1530, la oposición creciente de ahí en adelante, que triunfó por fin con la Contrarreforma, y el rechazo definitivo de la posición mediana y moderada de Erasmo. Pero sí nos detendremos a examinar la carrera de uno de los discípulos de Erasmo, Juan de Valdés. Nacido en Cuenca alrededor de 1500, Valdés en sus años juveniles sintió la influencia de la fervorosa predicación del alumbrado Pedro de Alcaraz, procesado por la Inquisición en 1525. Como el erasmismo, el movimiento iluminista era de renovación espiritual interior; había nacido de la *devotio moderna* de fines de la Edad Media. Tenía muchas

(11) *Fray Luis de León. A study of the Spanish Renaissance* (Oxford, 1925), pág. 24.

(12) Bell, "Notes on the Spanish Renaissance", pág. 400.

(13) Véase su reseña de Bell, "Notes on the Spanish Renaissance", en *Modern Language Review*, XXVI (1931), 489.

(14) *Ob. cit.*, I, 25.

(15) *Ibid.*, I, 342.

afinidades con el erasmismo, pero se distinguía en la nota de exaltación mística. Cuando esto lo hizo sospechoso, muchos alumnos se pasaron al erasmismo. Pero Valdés no tardó en excitar la hostilidad de la Inquisición con su *Diálogo de doctrina cristiana*, coloquio publicado en 1529 mientras estudiaba en Alcalá, cuyo tenor es a la vez iluminista y erasmista, con una corriente anticlerical. Se vió obligado a partir de España y pasar los doce años que le quedaban de vida en Italia, donde, en diferentes ocasiones, le hallamos al servicio del Emperador y del Papa. En 1534 se radicó en Nápoles con el cargo imperial de archivero: como se ve, la hostilidad de la Inquisición no fué óbice para que el Emperador lo favoreciera. En Nápoles se convirtió en una especie de apóstol laico para un grupo de italianos renacentistas, de distinción social y cultural, en los que había, como lo nota Montesinos (16), un anhelo angustioso de salvación. Aunque profesa una doctrina cercana al protestantismo, no abandona nunca la Iglesia Católica.

El *Diálogo de la lengua* es la única obra no doctrinal de Valdés que haya sobrevivido. Parece que fué escrito en Nápoles en 1535 ó 1536, para corresponder al deseo de unos amigos italianos de Valdés. Los interlocutores son dos italianos, Marcio y Coriolano, y dos españoles, el soldado Pacheco y el mismo Valdés. Marcio sabe hablar castellano, pero quiere aprender a escribirlo; Coriolano, como buen cortesano que es, quiere aprenderlo a fondo porque, según dice, "Ya en Italia así entre damas como entre cavalleros se tiene por gentileza y galanía saber hablar castellano" (17).

En el *Diálogo* estamos lejos ya del punto de vista de Nebrija, que ve en un castellano "reduzido en artificio" un instrumento para facilitar el estudio del latín. Se ha liberado Valdés de la grave tutela de la tradición

latina; para él, cada lengua tiene su esfera propia, sencillamente, y no hay conflicto. Le preguntan si escribe "excelencia" con *x* o con *s*. Con *s*, contesta, porque "Cuando me pongo a escriuir en castellano, no es mi intento conformarme con el latín, sino explicar el conceto de mi ánimo de tal manera que, si fuere possible, qualquier persona que entienda el castellano alcance bien lo que quiero dezir" (pág. 87).

El sueño imperial de Nebrija ya se ha convertido en realidad; el castellano es lengua muy cotizada, como Nebrija lo había previsto, y no precisa de justificaciones extrínsecas. Es cierto que era poco partidario Valdés de Nebrija, pero no tanto por su manera de enfocar el castellano, como porque Nebrija "era de Andaluzía, donde la lengua no stá muy pura" (pág. 10). En lo principal, esta crítica de Valdés no ha sido sostenida por la posteridad.

Podría parecer paradoja que un secuaz de Erasmo, que nunca escribió en romance, se preocupase por su lengua nativa. Pero hay que tener en cuenta que el latín de Erasmo es un latín vernáculo; por otra parte, es difícil concebir que a esta figura supernacional le conviniera otro medio de expresión. Quería penetrar a todas las regiones y a todos los estados sociales del mundo cristiano cuya unidad ansiaba conservar. El lenguaje flexible y vivaz de sus *Colloquia* se aproxima más a las lenguas romances vernáculas que al latín sabio y oratorio de la tradición clásica. En efecto, tuvieron los *Colloquia* como finalidad, en primera instancia, según lo expresa Margaret Mann Phillips, "ejemplificar formas de lenguaje y saludación y familiarizar a sus alumnos con el latín como lengua de la vida diaria". En ellos resalta el lado "irremediamente frívolo" del temperamento erasmiano —su "capacidad de gozar del ridículo, su ojo avizor, su conocimiento del carácter de los hombres y su simpatía con formas de vida naturales" (18).

Una gran parte de ese espíritu, lo capta

(16) Véase la introducción a su edición del *Diálogo de la lengua* (Madrid, 1928), pág. xxix.

(17) *Ibid.*, pág. 4 (citamos a continuación por esta edición).

(18) M. M. Phillips, *Erasmus and the Northern Renaissance* (London, 1949), págs. 103, 105-106.

Valdés y lo traslada al castellano en su *Diálogo*, obra que está rebotante de vivacidad y alegría como una entretenida conversación. Sin duda la hubo de verdad a la base del diálogo escrito. Abunda éste en rápidos quidproquos, como el siguiente:

Marcio: —Pues Librixa [Nebrija]...

Valdés: —No aya más Librixa, por vuestra vida.

Marcio: —¡Picastes! Pues, más de otras [diez] veces os haré picar de la misma manera.

Valdés: —Buen tiempo tenéis; pues, algún día me vernéis a la melena.

Coriolano: —¿Cómo es eso? ¿Qué quiere decir “a la melena”?

Valdés: —No heme obligado a declararos los vocablos que hablo, sino a daros cuenta de lo que scrivo (pág. 57).

En otra ocasión, al echársele en cara a Valdés su afición a las digresiones, replica: “Bien puede una lechuga estar entre dos coles”.

Por supuesto, que no es Erasmo el único que influye en Valdés en el *Diálogo*. Como escribía en Italia, tenía presente las *Prose della volgar lingua* de Bembo, tratado que había salido diez años antes, o sea, en 1525. El italiano, Marcio, cita con aprobación el concepto de aquél según el cual “todos los hombres somos más obligados a ilustrar e enriquecer la lengua que nos es natural y que mamamos en las tetas de nuestras madres, que no la que nos es pegadiza y que aprendemos en libros [es decir, el latín]” (pág. 7).

En este pasaje se da por sentado que lo natural representa un ideal digno de tomarse en cuenta. Muchas veces se ha pretendido ver en tal punto de vista un rasgo distintivo del Renacimiento; en cambio, se le ha caracterizado también como rasgo medieval (19). Recordemos que Dante justifica

su tratado sobre la lengua vernácula diciendo que aquélla es más noble que el latín por ser la lengua “que se aprende sin norma alguna imitando la nodriza”, y porque “la tenemos de la naturaleza, mientras que la otra [el latín] es más bien artificial” (20). Mirando la cuestión un poco más despacio, sin embargo, se echa de ver que tanto para Dante como para Bembo, se establece la premisa de la naturalidad sobre todo para afirmar la esencial dignidad y valor de la lengua vulgar; luego podrán aplicarse a ella sea los principios de la retórica latina (así Dante), sea los modelos “clásicos” italianos: el mismo Dante, Petrarca y Boccaccio, como lo recomienda Bembo. En cambio, para Valdés, lo natural no sólo es premisa justificatoria, sino que lleva a una norma estilística de la “llaneza” —de una expresión directa y sencilla que se desentiende de los distintos niveles y moldes de la retórica latina. Tal norma no sólo se invoca repetidamente a través de todo el diálogo, sino que se ejemplifica en su mismo tono. He aquí, pues, algo más que una fórmula; Valdés se muestra muy independiente frente a la práctica tradicional de la imitación y al concepto tradicional de la retórica. Tiene una confianza fundamental en la naturaleza y también tiene conciencia de sí mismo como abridor de nuevos caminos. Por todas estas razones, su actitud apunta al espíritu de una nueva época y no dudamos en llamarla renacentista. Cuando Marcio le pregunta qué reglas de estilo sigue, Valdés le contesta: “Para deziros la verdad, muy pocas cosas observo, porque el estilo que tengo me es natural, y sin afetación ninguna escrivo como hablo” (página 150).

“Sin afetación ninguna”: he aquí, pues, un escollo a evitar. Con razón Menéndez Pidal coloca esta afirmación al lado de otras de Castiglione y de Montaigne que procla-

(19) J. H. Randall and P. O. Kristeller, “The study of the philosophies of the Renaissance”, *Journal of the History of Ideas*, II (1941), 250; “Whatever formula has been devised to express that spirit (la filosofía del Renacimiento), has been shown to apply almost equally well to the thought and attitudes of earlier centuries and not very well to certain parts of the thought of the period delimited” (apud: Green, *ob. cit.*, pág. 254, n. 120).

(20) *De vulgari eloquentia*, I, i, 4. Refiriéndose al latín y a la lengua popular, escribe: “Harum quoque duarum (linguarum) nobilior est vulgaris: tum quia prima fuit humano genere usitata; tum quia totus orbis ipsa perfruitur...; tum quia naturalis est nobis, cum illa potius artificialis existat” (I, i, 2).

man con espíritu renacentista la supremacía de la naturaleza sobre el arte (21). Significaba la afectación, entre otras cosas, una desmedida afición a los latinismos. Esto condena Valdés en Juan de Mena, diciendo que no acierta a emplear "propios y naturales vocablos... Queriendo mostrarse doto, escribió tan oscuro, que no es entendido, y puso ciertos vocablos, unos que por groseros de devrían desechar y otros que por muy latinos no se dexan entender de todos... lo cual a mi ver es más scrivir mal latín que buen castellano" (págs. 158-159).

Se nota que condena Valdés no sólo los latinismos faltos de naturalidad, sino también las palabras groseras. También tiene sus límites la naturalidad. Constantemente encontramos afirmaciones como "palabra muy plebeya", "Ya no se admite en el buen discurso". Dentro de la esfera de lo natural, hay que dejarse guiar por la discreción y el buen gusto. "El ingenio halla qué dezir", nos dice, "y el juizio escoge lo mejor de lo que el ingenio halla" (pág. 165). El "escribo como hablo" de Valdés supone un interlocutor culto y un ambiente cortesano. Al comienzo del diálogo, había objetado la dificultad de tratar del castellano por la falta de autoridades, cuando no fuera la del uso común oral. Pero convierte esta supuesta deficiencia en ventaja al invocar como justificación de la propia autoridad en materia lingüística el hecho de ser "hombre criado en el reino de Toledo y en la corte de España" (pág. 33). Establece como norma el uso cortesano: así, "señora mía" será mucho más cortés que "mi señora" (pág. 47). Pero dentro de este criterio un poco vago, no vacila en recurrir a su gusto personal. En esto, se ve, aplicado en materia de lenguaje, un espíritu erasmiano de libre examen y juicio individual. Valdés es de una despreocupación seductora, descarta sin más la autoridad libresca, a veces llega a ser enteramente subjetivo: "No os digo yo lo que otros hazen, sino lo que procuro guardar", dice en una oca-

sión (pág. 51). Hay, como en Erasmo, una agradable ausencia de dogmatismo. Se debe esto en parte a que Valdés escribía en una época en que el uso no había cuajado todavía en forma definitiva —aunque, donde hay normas, no tiene inconveniente en adherirse a ellas, siempre sin rigor. En vez de decir "el ala" o "el arca", ¿no sería mejor decir "l'ala" o "l'arca", es decir, suprimir la vocal del artículo a la italiana? "No me parecería mal, si se usasse", contesta Valdés, "pero, como no se usa, yo por mí no lo osaría dezir ni escribir" (pág. 43).

La independencia de Valdés con respecto a la autoridad libresca se deriva también de una circunstancia ya aludida, que él menciona al principio del diálogo, al pretender resistir a las peticiones de sus amigos para que decreta en materia de lenguaje: "Veo que la [lengua] toscana stá ilustrada y enriquecida por un Bocacio y un Petrarca... y como sabéis, la lengua castellana nunca ha tenido quien escriba en ella con tanto cuidado y miramiento quanto sería menester para que hombre... se pudiesse aprovechar de su autoridad" (pág. 8).

Esta dificultad se resuelve de manera sorprendente: recurriendo a un libro de refranes que ha compilado Valdés a petición de unos caballeros romanos. Pacheco conviene en que, como él dice, "en esos refranes se vee mucho bien la puridad de la lengua castellana" (pág. 12) y añade luego que, si no fuera soldado, hace tiempo que se hubiera dedicado a escribir en castellano un libro como aquél que escribió Erasmo en latín, libro que contendría todos los refranes que se pudieran encontrar y que los explicaría en la mejor forma posible.

Aquí también, pues, vemos una herencia erasmista. Cita Valdés casi doscientos refranes como antecedentes en cuestiones de uso y de gusto. Pero siempre procede con moderación: él sabe que a menudo conservan los refranes vocablos que han dejado de usarse o que ya no son aceptables por un motivo u otro. Con todo, es evidente que él aprecia en los refranes no sólo el ser muestras

(21) Véase "El lenguaje del siglo XVI" en *La lengua de Cristóbal Colón* (Buenos Aires, 1942), pág. 75.

lingüísticas, sino también el poseer aquella "fuerza nativa y genuina de verdad" (22), que Erasmo había visto en ellos, de una verdad en que él no veía conflicto con las de la religión cristiana.

Se menciona en el *Diálogo* no sólo la colección de refranes del propio Valdés y los *Adagia* de Erasmo, sino también una colección castellana que Valdés recuerda haber visto siendo muchacho. Es evidente que Erasmo reforzaba una tradición española autóctona, lo cual permite ver mejor porque, en este aspecto, como en otros, tuvo tanta resonancia en España. Aun una figura de la distinción cultural, social y espiritual de Valdés encuentra que lo mejor que tienen los refranes es, como lo dice él, "ser nacidos en el vulgo" (pág. 13). El apego al terruño que se advierte en Erasmo cuadraba muy bien con aquel aspecto del carácter español que le impide desligarse completamente del elemento popular y tradicional que hunde sus raíces en el propio suelo. En las letras españolas, más tal vez que en otras, se advierte la necesidad de renovación constante desde el subsuelo popular. En el *Diálogo*, los refranes nacidos entre el pueblo ocupan, aproximadamente, el mismo sitio que Dante, Petrarca y Boccaccio en las *Prose* del cardenal Bembo. El contraste es indicio elocuente de una diferencia de actitud entre España e Italia. Ve Bembo en sus modelos clásicos modernos, de igual autoridad con los de la antigüedad, los cuales han fijado el idioma en moldes duraderos que habrán de imitarse en adelante. Valdés, basándose en sus refranes humildes y en el habla viva, ve en la lengua algo que se desarrolla y evoluciona: contiene el *Diálogo* intuiciones sorprendentes en el campo de la semántica y de los cambios fonéticos. Sin perder de vista a la minoría culta, la mirada de Valdés se extiende a toda la comunidad nacional y en esto también resulta al mismo tiempo español del Renacimiento y seguidor de Erasmo, quien se dirigía a una minoría selecta de

fieles y también a un público popular más amplio.

Todavía convidaría el sustancioso diálogo de Valdés a hacer otras observaciones de interés, pero lo esencial para nuestro propósito ya está señalado. Volvamos, pues, la vista al tercer aspecto de nuestro tema, o sea, al español como aventurero, que logró la expansión de los límites del mundo hasta entonces conocido. Pero antes de enfocar la figura de Bernal Díaz del Castillo, conviene hacer algunas observaciones de índole más general sobre la empresa americana. De nuevo nos hallamos en una borrosa zona fronteriza entre dos épocas. Arrojará tal vez alguna luz en ella, la caracterización que hace de Colón su biógrafo, Samuel Eliot Morison. Ve en el almirante un hombre medieval por su manera deductiva de razonar, su fe inquebrantable, su aceptación incondicional de la ética reinante en la época; lo ve moderno en su disposición para convertir el pensamiento en acción, su curiosidad despierta, la observación exacta que hace de los fenómenos naturales, su gozoso sentido de la aventura y su anhelo de ganar riqueza y renombre (23).

Por demás sabido es que, lo mismo que otras esferas de la actividad española, la empresa americana está erizada de polémicas y controversias. Aquí chocaron irremediablemente las dos Españas y las recriminaciones mutuas se convirtieron en armas propagandísticas de gran eficacia en manos de sus enemigos. La retórica inflamada del dominico Las Casas, producto de la hipérbole andaluza y del celo apostólico más fervoroso, hizo que su *Breve tratado de la destrucción de las Indias* diera origen a la llamada "leyenda negra" de la iniquidad española. Publicado en Sevilla, con beneplácito del Emperador, en 1552, el tratado recordaba expresamente en su título la "destrucción de España" —frase con que designaron los cronistas medievales la conquista de España por los moros en 711. Ya se sabe como en este

(22) Apud. A. Castro, *El pensamiento de Cervantes* (Madrid, 1925), pág. 192.

(23) S. E. Morison, *Admiral of the Ocean Sea* (Boston, 1942), pág. 6.

tratado se ven los indígenas como "mansas ovejas", "las criaturas más bienaventuradas y puras de todo el mundo", en que cayeron los españoles como "lobos cruelísimos, tigres y leones de muchos días hambrientos". La vida de Las Casas es lección admirable de abnegación. Durante más de setenta años (vivió hasta los noventa y dos) iba y venía, incansable, cruzando el Océano para defender la causa de los indígenas: los altibajos de sus triunfos y sus reveses forman otro capítulo más de la historia secular de las dos Españas en lucha. En fin de cuentas sirvió mal a España, porque la violencia de sus exageraciones ha hecho olvidar la vasta y admirable labor de evangelización abnegada e inteligente cumplida durante muchas generaciones por las órdenes religiosas en todos los ámbitos del Nuevo Mundo. Esta labor constituye, en palabras de Mariano Picón Salas, "un humanismo práctico, no obsorto en sueños de belleza como los de la Italia renacentista, sino en anhelo de mejora social, de reparar los crímenes del conquistador, de enseñar y proteger a las masas desamparadas" (24). Contribuyó, además, a sentar las bases de algunas de las modernas ciencias descriptivas y aplicadas, v. gr., la botánica, la zoología, la mineralogía y la etnografía. Queda fuera de nuestro propósito explorar los avances que trajo en otras como la del derecho de gentes.

Observemos de paso, sin embargo, la distinta manera de encarar el problema fundamental de la base ética de la Conquista en Hispanoamérica y en Angloamérica. En España e Hispanoamérica era discutida ésta con una notable libertad y con violentas divergencias en los pareceres, hasta el punto de que en el año 1550, como es sabido, la Corona llegó a mandar que se detuviera toda conquista ulterior en tanto no se aclarara la justicia del título español a las tierras americanas. Pero estas discusiones, si bien dejan constancia clara de la perenne preocupación ética de la cultura española, no mejoraron

a la larga la situación del indígena. En las colonias inglesas se pensó mucho menos en justificar la ocupación de las tierras de los indígenas. Hubo excepciones —Roger Williams insistió que los colonos de Massachusetts Bay carecían de todo derecho a las tierras de los nativos, de las que se habían apoderado. Mantuvo que su posesión podía justificarse únicamente bajo condiciones de cesión voluntaria por parte de los nativos y pago justo por la de los colonos. Tanto porfió Williams en este punto de vista, repetidamente condenado por los jefes de Massachusetts Bay con otras opiniones juzgadas heréticas, que en 1636 dió lugar a su destierro de la colonia. Gracias a sus excelentes relaciones con los indios, sin embargo, pudo Williams fundar entonces la colonia de Rhode Island, sentándola en una base de amistad y respeto mutuo entre las dos razas. También el fundador de la colonia de Pensilvania, el notable cuáquero William Penn, logró convivir en forma amistosa con los indígenas.

Quedaba, pues, al menos en los primeros tiempos de las colonias angloamericanas, para los que condenaban la manera de proceder con respecto a los indígenas, una posibilidad de formar una nueva colonia donde podían seguir una vía independiente. Pero ni estas iniciativas excepcionales en Angloamérica, ni en Hispanoamérica, ni la retórica apasionada de los defensores de los indígenas, ni las llamadas utopías de los religiosos lograron salvar la gran masa indígena de la explotación y hasta, a veces, la exterminación. Lo que sí nos ha dejado España —o una de las Españas—, es la larga serie de escritos que atestiguan su conciencia moral frente a este enorme problema, testimonio que no tiene equivalente en el mundo más pragmático y menos verbalizador de la Angloamérica de entonces, donde los folletos y las cartas de un Roger Williams, por ejemplo, tuvieron mucho menos resonancia.

Además de la preocupación ética, las crónicas y otros escritos que relatan la experiencia de los españoles en el Nuevo Mundo

(24) *De la conquista a la independencia*, 3.ª ed. (México, 1958), pág. 54.

contienen muchos pasajes en que se ve titubear la autoridad de los antiguos y los preceptos establecidos de la ciencia medieval ante hechos de observación personal. Picón Salas cita (25) un lugar de la *Historia natural y moral de las Indias* del jesuita José de Acosta, publicada en Sevilla en 1590, en que éste observa: "Confieso que me ré e hice donaire de los meteoros de Aristóteles y de su filosofía viendo que en el lugar y en el tiempo que, conforme a sus reglas, había de arder todo y ser un fuego, yo y todos mis compañeros teníamos frío".

Y los *Comentarios reales* de Garcilaso de la Vega, el Inca, escritos después de su traslado a España y publicados en Lisboa en 1609, comienzan con esta declaración:

Haviendo de tratar del Nuevo Mundo... parece que fuera justo, conforme a la común costumbre de los escritores, tratar aquí al principio si el mundo es uno solo o si hay muchos mundos; si es llano o redondo, y si también lo es el cielo redondo o llano; si es habitable toda la tierra o no más de las zonas templadas; si hay paso de la una templada a la otra; si hay antípodas y cuáles son de cuáles, y otras cosas semejantes que los antiguos filósofos muy larga y curiosamente trataron y los modernos no dexan de platicar y escribir, siguiendo cada cual opinión que más le agrada. Mas... la esperiencia, después que se descubrió lo que llaman Nuevo Mundo, nos ha desengañado de la mayor parte destas dudas... (26).

Se refiere luego a su propia crianza en el Cuzco y traslado a España para probar la falsedad de las ideas antiguas.

Con todo, el historiador de la ciencia bien podría señalar que estas observaciones, a pesar de su indudable interés, no se utilizan para la formación de un cuerpo sistemático de doctrina que permitiera luego llegar a conclusiones más amplias. Es evidente también que se apoyan a menudo en un modo de razonar deductivo a la manera medieval. Continúa diciendo Garcilaso, por ejemplo, que es inconcebible pensar que Dios, después de crear el mundo entero para ser

habitado por los hombres, hubiera dejado inhabitables vastas zonas: "Antes se debe creer que el Señor, como padre sabio y poderoso, y la naturaleza, como madre universal y piadosa, huviessen remediado los inconvenientes de la frialdad con templanza de calor, como remediaron el demasiado calor de la tórrida zona con tantas nieves, fuentes, ríos y lagos como en el Perú se hallan" (27).

Hay que contentarse, pues, con notar que dentro de la rígida armadura teológica de la época se siente a veces una pequeña presión de conceptos y actitudes modernas.

Pero quizá sea en un cronista como Bernal Díaz donde mejor se eche de ver la convivencia de un espíritu nuevo con el antiguo. La impresión dominante que deja en el lector la relación que su mismo autor llama agresivamente la verdadera de la expedición de Cortés es de asombro ante la pura fuerza propulsiva de la fiebre aventurera de los españoles, la poderosa urgencia que les impelía siempre adelante, en busca del *plus ultra*. Sentimos en las páginas de Bernal el dinamismo que en dos generaciones llevó a los españoles, desafiando todas las probabilidades en contra, a penetrar hasta los últimos confines de los nuevos continentes. Para Menéndez Pidal y Federico de Onís tal fuerza es carácter arquetípico del Renacimiento español. Aquél ve en el conquistador la "principal aportación de hecho que España hace a los grandes ideales del Renacimiento" (28). Subraya Onís, como rasgo distintivo español, el que el espíritu aventurero desemboca en acción más que en la especulación científica o filosófica o la creación de mundos artísticos autónomos (29).

La lectura de la *Historia verdadera* confirma este activismo hispánico. Si bien se siente en toda ella el aliciente del oro, no basta éste para explicar el invariable impulso de Cortés hacia adelante y la no menor

(25) *Ibid.*, pág. 126.

(26) *Comentarios reales*, 2.^a ed. de A. Rosenblat (Buenos Aires, 1945), I, 11-12.

(27) *Ibid.*

(28) Véase su "¿Codicia insaciable? ¿Ilustres hazañas?" reproducido en *La lengua de Cristóbal Colón*, pág. 99.

(29) *Ob. cit.*, pág. 290.

obstinación de Bernal en seguirle. Recuérdese que Bernal era sólo soldado raso, duro y valiente por cierto, pero no en mayor grado que sus compañeros. Su papel no tuvo nada de sobresaliente y la historia no habría conservado siquiera su recuerdo, si no se hubiera vuelto cronista en su vejez, por indignación ante la glorificación de Cortés por su historiador oficial, Gómara, lo cual dejaba en la sombra a sus compañeros. También fué movido Bernal Díaz por el desecho de ver compensados sus trabajos, aunque tardíamente, en forma más adecuada. Pero tal interés, aunque insistente, no alcanza a torcer demasiado su juicio, borrar la lealtad que siente un veterano hacia su jefe, ni empañar la admiración que le causa el genio militar de Cortés. Si lo que se proponía en un principio era redactar una hoja de servicios, tal propósito cede pronto ante el placer embriagador de revivir la suprema experiencia de su vida, experiencia que, para él, no tenía parangón en toda la historia.

La revive, en efecto, con tal vigor y circunstancialidad que sus páginas nos dan la impresión de estar más bien en presencia de la materia bruta de que se compone la historia, que de la historia misma, tal como la entendían entonces los historiadores renacentistas, discípulos de Livio y Salustio, los cuales pulían y adornaban su prosa con comentarios sentenciosos, elocuentes discursos, retratos artísticos y una retórica muy subida. No es que a Bernal le faltasen enteramente las letras. Parece que recibió una instrucción, al menos rudimentaria, en su pueblo de Medina del Campo, donde su padre tenía un puesto modesto de prefecto, nombrado por la Corona de Castilla. También poseía Bernal un don innato de narrador. Pero no tiene la menor capacidad para seleccionar ni ordenar sus recuerdos. No sabe prescindir de ningún detalle, sea la indigestión o la insomnia de Cortés, o el disgusto de Juan de Escalante ante los incienso que le echaban los indios. Pero es el hecho que tales minuciosidades, aunque estorban la narración; tiene la virtud de reproducir con

un dinamismo único el impacto directo y todo el ambiente vital de aquella aventura.

Tiene de particular también la narración de Bernal el ángulo insólito desde el cual él mira la conquista —desde abajo, por así decir, tal como mira su sociedad el escritor picaresco—. Y la recia y honrada sinceridad de Bernal no deja de prevenirnos en su favor:

Pues ya que estábamos retraídos cerca de nuestros aposentos... [y contando] cada uno lo que le había acaecido, y lo que Cortés mandaba, tornó a sonar el atambor muy doloroso del Huichilobos (30), y otros muchos caracoles, y cornetas, y otras como trompetas, y todo el sonido de ellos espantable, y mirábamos el alto cu [pirámide] en donde las tañían y vimos que llevaban por fuerza las gradas arriba a nuestros compañeros que habían tomado en la derrota que dieron a Cortés, que los llevaban a sacrificar: y desde que ya los tuvieron arriba en una placeta que se hacía en el adoratorio donde estaban sus malditos ídolos, vimos que a muchos dellos les ponían plumajes en las cabezas, y con unos como aventadores les hacían bailar delante del Huichilobos, y desde que habían bailado, luego les ponían despaldas encima de unas piedras algo delgadas que tenían hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedernal los aserraban por los pechos, y les sacaban los corazones bullendo, y se los ofrescían a sus ídolos que allí presentes tenían... Miren los curiosos lectores que esto leyeren, que lástima teníamos dellos, y decíamos entre nosotros: ¡Oh, gracias a Dios que no me llevaron a mí hoy a sacrificar! (31).

Aunque en este trozo hemos suprimido algunos detalles, es claro que aquí, como a menudo sucede, la peculiar identidad de Bernal queda sumida en la de todo el ejército; él es voz de la masa. Bien puede aplicarse el término "popularismo" a este aspecto de su narración, como lo hizo, entre otros, el gran conocedor de Bernal, Ramón Iglecia (32). Pero frente a esto, llega a nosotros a lo largo de la historia, un tono de voz

(30) Huitzilopochtli, el dios azteca de la guerra.

(31) Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* (Buenos Aires, 1955), Col. Austral, pág. 403 (citamos a continuación por esta edición).

(32) Véanse los estudios recogidos en su libro *El hombre Colón y otros ensayos*, México, 1944.

marcadamente personal, revelador de la individualidad no muy compleja de este veterano toscó, pero gárrulo, a vueltas agrio y atónito, con el ojo y el oído siempre alertos, y dando repetidas pruebas de una perspicacia aguda frente a los hombres. A medida que va discurrendo con su inimitable acento familiar, se va revelando a nosotros con toda inconsciencia. Pero no sólo pasivamente: una y otra vez saca la cara bruscamente por sí: "Quiero volver con la pluma en la mano, como el buen piloto lleva la sonda descubriendo bajos por la mar adelante cuando siente que los hay; así haré yo en decir los borrones de los coronistas; mas no será todo, porque si parte por parte se hobiesen de escribir sería más la costa de recoger la rebusca que en las verdaderas vendimias" (pág. 45).

Con cuánto vigor campea por sus derechos: "Digo otra vez que yo, yo y yo, dígo tantas veces, que yo soy el más antiguo [conquistador] y lo he servido como muy buen soldado a Su Majestad y diré con tristeza de mi corazón porque me veo pobre y muy viejo, y una hija para casar, y los hijos criados ya grandes y con barba, y otros por criar..." (pág. 671). Su voz va acabando en lamento.

¿Sería mucho afirmar que la empresa americana quitó las amarras al yo de Bernal y, en alguna manera, hizo de él un hombre renacentista? Cualquiera que hubiera sido su destino en el remanso provincial de Medina del Campo, y aunque hubiese conseguido sobreponerse a la rigidez de la jerarquización social castellana, nunca hubiera podido expresarse ni en la acción ni en el recuerdo con la plenitud que sentimos en la *Historia verdadera*. No es el suyo el revoltoso espíritu feudal; antes bien, "He servido como muy buen soldado a Su Majestad". Es sencillamente que se ha abierto ante él un vasto horizonte nuevo, y esto de manera inesperada. ¿Qué opinión le merece Montezuma? "Como le víamos tan franco y bueno, le teníamos en el acato que se tienen los Reyes destas partes, y él nos ha-

cía lo mismo" (pág. 220). Y cuando muere el monarca azteca: "Hombre hobo entre nosotros, de los que le conocíamos y tratábamos, de que fué tan llorado como si fuera nuestro padre" (pág. 289). Y cuando asesina Cortés a Cuauatemoc, sucesor de Montezuma: "E verdaderamente yo tuve gran lástima de Guatemuz y de su primo, por habelles conocido tan grandes señores, y aun ellos me hacían honra en el camino en cosas que se me ofrescían, especial darme algunos indios para traer yerba para mi caballo. Y fué esta muerte que les dieron muy injustamente dada, e pareció mal a todos los que íbamos" (pág. 539).

Algo del humanismo práctico del español se vislumbra aquí. Supera Bernal toda consideración particularista de raza o de fe y, en los frecuentes trozos de este tipo, participa del mismo espíritu que sentimos en el escueto relato de Cabeza de Vaca y los *Comentarios* de Garcilaso sobre los incas: un sentido más amplio de que toda la humanidad de la tierra es una.

Tiene otra vinculación también Bernal Díaz con el Renacimiento. Su cultura clásica, con ser escasa y pegadiza, alcanza justo para hacerle ver su aventura a la luz de la antigüedad. Es así como resume lo que dice Cortés en una arenga a sus soldados inquietos: "Ya no teníamos navíos para ir a Cuba, salvo nuestro buen pelear y corazones fuertes, y sobre ello dixo otras muchas comparaciones de hechos heroicos de los Romanos. Y todos a una le respondimos, que haríamos lo que ordenase, que echada estaba la suerte de la buena, o mala ventura, como dixo Julio César sobre el Rubicón" (página 119).

Y hablando por su propia cuenta escribe:

Dicen los Coronistas [que] Julio César... se halló en cincuenta y tres batallas aplazadas: yo digo que me hallé en muchas más batallas que el Julio César... y puesto que tuvo muchos Coronistas, no lo quiso fiar dellos, que él lo escribió, e ha muchos años, y no lo sabemos cierto y lo que yo digo, ayer fué a manera de decir, así que no es mucho que yo ahora en esta relación declare en

las batallas que me hallé peleando, y en todo lo acaescido, para que digan en los tiempos venideros: Esto hizo Bernal Díaz del Castillo... (página 683).

El ideal de fama que asoma aquí como anhelo concebido según el patrón de la antigüedad clásica, aunque presente también a veces en la tradición cortesana y caballeresca de la Edad Media posterior, se expresa aquí con una pujanza que diríamos característica del Renacimiento (33). Lo mismo sucede en un largo diálogo "con la buena e ilustre Fama" imaginado por Bernal hacia el final de su relato. En tales casos existe la convicción de que se está emulando y sobrepasando la antigüedad, concepto que va más allá de lo que se percibe en la retórica de la primera Edad Media, v. gr., en Alcuino, cuando ve en Carlomagno un nuevo Augusto. Aquí nos encontramos con que los propios hombres de acción, protagonistas de la historia —comandantes y soldados rasos—, se sienten alentados en plena campaña por la idea de que son los dignos sucesores de las mayores figuras del mundo antiguo. De la misma manera surge el recuerdo de la antigüedad clásica, como dechado y estímulo vital, en otros puntos culminantes del relato.

Pero (y volvemos ahora a nuestro punto de partida) junto con los héroes antiguos encontramos los medievales —Héctor al lado de Roldán—, y a veces aun sospechamos que las figuras antiguas provienen de la epopeya medieval y no de una tradición clásica directa. Repetidamente también acuden a los labios de Bernal, Cortés y los otros, trozos de romances medievales. En un pasaje famoso, no tiene más remedio Bernal que recurrir al *Amadís de Gaula*, y precisamente a causa de su contenido de fantasía medieval, sus "cosas de encantamiento" (página 183).

Así también Menéndez Pidal, aún cuando ve en el conquistador la encarnación tí-

pica del Renacimiento español, halla que en él sobrevive el espíritu del cruzado medieval y del caballero andante. Participó la Conquista indudablemente del carácter de las cruzadas medievales, en su aspecto más admirable entre los dominicos y franciscanos, y por desgracia también a menudo en lo que tenían aquéllas de demasiado humano. Siendo hecho todavía reciente la terminación de la Reconquista de España, la cruzada más larga de todas, no es extraño que llamasen los españoles mezquitas a los templos indígenas. Y las aventuras a que se lanzaban los conquistadores recuerdan también las hazañas de los caballeros medievales. Pero puede decirse lo mismo de las aventuras de Don Quijote. Y en verdad una hazaña como la subida del Popocatepetl durante la marcha sobre México, para supererogación de la aventura, como si no bastaran los peligros de la jornada, parece participar mucho más de un espíritu moderno de investigación que de un impulso caballeresco medieval. Mientras tiemblan abajo en las laderas los indios aterrados, un puñado de españoles contempla desde el borde el cráter humeante, recibe en recompensa su primera vista del valle de México, y baja tranquilamente con las manos llenas de carambanos.

Podríamos señalar otros aspectos medievales en Bernal —el elemento supersticioso que hay en su religiosidad, por ejemplo—, pero, en conjunto, su voz suena con una modernidad de acento que sorprende. En el flujo de una sociedad nueva todavía en ebullición ha aprendido a valerse por sí mismo, desconfiando de la autoridad recibida y dando rienda suelta al libre juego de la propia individualidad.

Si ahora procurásemos señalar aquellos rasgos del Renacimiento español que hemos llamado característicos en el curso de esta exposición, nos encontraríamos con una serie que podría resumirse así. Es de tendencia marcadamente nacionalista. Incluye elementos fuertemente tradicionalistas: hay un arrastre medieval en casi todas las corrien-

(33) Sobre este punto, consúltese M. R. Lida de Malkiel, *La idea de la fama en la Edad Media Castellana*, México, 1952. De la misma autora hay importantes consideraciones sobre el Renacimiento español en *Juan Mena, poeta del prerrenacimiento español* (México, 1950), 529-549.

tes del Renacimiento español. Su espíritu es tanto aristocrático como popular. Su humanismo es ecléctico: trata de conciliar las enseñanzas clásicas con la revelación cristiana. En consecuencia tenemos el impresionante humanismo cristiano de Juan de Valdés —y, podríamos añadir, de fray Luis de León— y el humanismo práctico, surgido en el Nuevo Mundo. Es dinámico: las figuras que hemos examinado se expresan tanto por una actividad física enérgica como por la pluma. Por último, crea individualidades especialmente poderosas porque aquí refuerza una tendencia española congénita. Inevitablemente se funden en el Renacimiento

español ciertos rasgos que suelen señalarse como característicos del Renacimiento europeo y otros elementos irreductibles del carácter español. Para determinar hasta dónde el conjunto pueda calificarse de auténticamente renacentista habrá que considerar qué fórmula se adaptó en un principio para dar la pauta de aquel movimiento. En tan ardua materia es arriesgado pretender que se haya dado con la justa, ni mucho menos dicho la última palabra. Bastante pretensión será la de generar en el lector un interés serio y un anhelo de profundizar en un campo fascinante en que queda mucho por desbrozar y explorar todavía.